

TESTADORES Y FINADOS¹
MIEMBROS ACTIVOS DE LA SOCIEDAD INDEPENDENTISTA
ACTITUDES Y REPRESENTACIONES EN TORNO A LA MUERTE
A COMIENZOS DEL SIGLO XIX

Ana Luz Rodríguez G.
Magíster en Historia
Universidad Nacional de Colombia

“Trataba de imaginar esa revolución por la cual todos habremos de pasar, el corazón que renuncia, el cerebro que se nubla, los pulmones que cesan de aspirar la vida. Yo sufriré una convulsión análoga; un día moriré. Pero cada agonía es diferente; mis esfuerzos por imaginar la suya culminaban en una fabricación sin valor; él había muerto solo”.²

No nos hagamos ilusiones. En Colombia, a las puertas del siglo XXI, a pesar de las muertes en serie infligidas por voluntad de una locura colectiva que se instaló entre nosotros y que se personifica por momentos para cobrar nuevas víctimas, entre verdugos y sentenciados, aún nos llega el último instante en completa soledad. Uno al lado de la otra, uno después del otro, un conjunto de cuerpos desparramados por el

¹ El verbo “finar”, vigente en el lenguaje corriente de la época, fue empleado por Fray Diego Silva, clérigo que asistió a Nariño en sus últimos momentos. Este clérigo escribió una carta el 21 de diciembre de 1823 al padre Francisco Quevedo, para comentar el comportamiento de Nariño en su agonía. Fray Diego Silva dice lo siguiente: “Le asistí hasta que **finara** s.n., que fue el sábado 13, a las cinco de la tarde. Me pidió le auxiliase con salmos, lo que ejecuté escogiéndole lo más a propósito, para aquellos momentos terribles, y varios textos de la escritura sagrada... Mostraba mucha devoción, y varios me los repetía, de lo que me llenaba de mucha confianza. Murió en su silla, en sus sentidos y habla; mucha conformidad,

suelo y que ya no se levantarán más. Para quienes seguimos en pie, a veces dudando de la propia existencia, narcotizados por palabras e imágenes que nos cuentan finales cotidianos y violentos, la muerte se ha vuelto tan trivial y tan leve que ya no queda espacio para el asombro, para la contemplación o para la tristeza profunda.

En la Santafé de comienzos del siglo XIX los habitantes contaban con la posibilidad de prepararse para la muerte. Con varias décadas de anticipación y gozando de completa salud empezaban a imaginar su propio final; ingresaban a una cofradía para garantizar acompañamiento en el funeral; fundaban capellanías para que se dijeran misas y oraciones por sus almas después de su deceso; escribían testamento para dejar constancia de las disposiciones relacionadas con sus asuntos materiales pero también para obtener cierta tranquilidad espiritual a través de las confesiones que solían hacerse en esos documentos. El ritmo de la vida cotidiana de la época permitía a los individuos pensar en sí mismos y en el temido final; aunque es preciso añadir, para curarse en salud contra visiones románticas acerca de la época, que tal vez las dimensiones de la angustia ante un más allá terrorífico movilizaban a la sociedad y a los individuos, llevándolos a pensar y a preocuparse por la muerte y el más allá en el transcurso de sus vidas.

En el momento de iniciar esta investigación me interesaba dibujar a los grupos sociales del periodo de Independencia a través del estudio de fenómenos como la enfermedad y la muerte. Sin embargo, como se verá más adelante, el tipo de fuentes encontradas posibilitó otras maneras de examinar lo social. A lo largo del trabajo el fenómeno de la muerte no se abordó de frente sino que fue rastreado en instituciones, organizaciones, costumbres y situaciones asociadas a ella como la enfermedad. Este no es un estudio demográfico de la muerte, es más bien un estudio de los comportamientos colectivos e individuales frente a ella.

El presente artículo hace parte de una investigación mucho más amplia realizada desde la óptica de la historia social. Es innovador en cuanto examina un periodo caracterizado por convulsiones políticas y militares a partir de una mirada que se interesa por los sentimientos y las actitudes de los grupos sociales

resignación y obediencia, y sobre todo la humildad, pues le incomodaba cuando le trataban con respeto. En fin, mi hermano todas sus demostraciones hasta finar (s.n.), no sólo fueron de cristiano sino de cristianísimo. Tuvo desde el comienzo un pleno conocimiento de su muerte. ¡Oh!, ¡que consuelo para toda la familia y para todos nosotros!” Véase Biblioteca Nacional, Raros y Curiosos, libro 331, pieza 1, folio 5.

² Marguerite Yourcenar, *Memorias de Adriano*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial, S. A., 1985, pp. 156 y 157.

y de la sociedad en su conjunto, frente a hechos cotidianos como la enfermedad y la muerte. Este es un periodo de nuestra historia que ha sido mistificado a través de la historiografía, tal vez por su carácter de acontecimiento fundador; por tanto examinarlo desde una óptica distinta implicó la búsqueda de fuentes no utilizadas hasta el momento para el estudio del periodo, así como el intento de lecturas distintas de fuentes utilizadas por otros historiadores.

El temor al juicio final en el más allá movilizó a santafereños y a bogotanos a crear organizaciones como las cofradías y las capellanías. De manera indirecta, el miedo a la muerte contribuyó a cohesionar los lazos sociales. El temor a la condenación en el más allá puso en movimiento dineros y bienes inmuebles para la creación de capellanías hasta el punto de que comerciantes y hacendados no podían hacer negocios sin recurrir a las capellanías para solicitar préstamos.³ Existía en la época una manera particular de considerar lo material y lo espiritual, situación que plantea al historiador el reto de aminorar los prejuicios a la hora de examinar el tipo de organizaciones, el valor del dinero, el sentido de la actividad económica de esos días.

No hubo transformaciones profundas en la actitud de santafereños y de bogotanos frente al último momento de sus vidas a lo largo de los treinta años considerados por este estudio, a pesar de ser un periodo agitado en los aspectos político y militar. La existencia temporal, durante la epidemia de viruela de 1801-1802,⁴ de tres hospitales provisionales y de lugares destinados a la inhumación en campo abierto, muestra que sí hubo movimientos a lo largo de esos treinta años; idas y venidas, así como algunas variaciones en las costumbres.

³ Por el virrey Mendinueta se sabe que no existía en la época, 1803, otra vía para que comerciantes y hacendados obtuvieran préstamos en dinero. En opinión de este virrey "es cosa rara ver que estas dos apreciables profesiones casi se desconocen aquí mutuamente; que el comerciante sólo busca por lo común el oro y la plata; que el hacendado, ya sea criador o agricultor, no tiene otro recurso cuando trata de adelantar sus crías o cosechas, que el de solicitar de las manos muertas un capital, con que queda gravado para siempre, y que si no todas, la mayor parte de las negociaciones de una y otra profesión se hacen por sus respectivos principales, punto menos que exclusivamente. Así es que se resienten de una pequeñez y lentitud asombrosas, que no pueden prosperar por falta de recursos, no habiendo reunión de intereses que se los facilite, y que el oro y la plata pagan todos los consumos de fuera con absoluta ruina de la agricultura." Véase Germán Colmenares, *Relaciones e Informes de los Gobernantes de la Nueva Granada*, tomo III, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, volumen 136, 1989, p. 114.

⁴ La mención de la epidemia de viruela de 1801-1802 en Santafé en varios momentos de este artículo, obedece a que tanto la periodización como el tema del estudio remiten necesariamente a este acontecimiento, sin el cual no sería posible explicar el tipo de movimientos ocurridos en relación con la actitud de los santafereños frente a la enfermedad y a la muerte.

El testamento fue examinado como una fuente a través de la cual es posible conocer sentimientos y actitudes frente a la muerte. El conjunto de 320 testamentos revisados, escritos entre 1800 y 1831 mostró cómo no ocurrieron cambios bruscos ni profundos en las actitudes y en el ritual frente a la muerte; sin embargo, al contrastar el testamento con otros tipos de fuentes primarias consultadas fue posible observar las limitaciones del documento en cuestión. Por ejemplo, la última voluntad escrita no registra las transformaciones temporales ocurridas a raíz de la epidemia de viruela de 1801-1802 en lo relacionado con las actitudes y el ritual frente a la muerte. Si bien el testamento había sido considerado en otras investigaciones como fuente para analizar los tipos de propiedad, la situación económica de los testadores o los tipos de relaciones familiares, en el presente estudio es visto de dos maneras: una, como un acto de preparación para la muerte y, dos, desde el punto de vista de aquellos aspectos de su contenido que hacen referencia al ritual de la muerte. Por ejemplo, el tipo de mortaja, lugar de sepultura, detalles del funeral, número de misas por el alma, pertenencia a cofradías, fundación de capellanías y legados a las almas del purgatorio.

Si bien al comienzo de la investigación me proponía encontrar a los grupos sociales en el estudio de fenómenos como la enfermedad y la muerte, en el transcurso de la misma fue posible apreciar cómo lo social no sólo se expresa en las formas que son conocidas y reconocidas por los estudiosos de las ciencias sociales; es decir, a través de grupos, castas, estamentos o clases. El estudio cuidadoso de fenómenos como el de la epidemia de viruela de 1801-1802 o la existencia y permanencia de cofradías entre 1800 y 1830 plantea al historiador la necesidad de considerar otras formas de manifestación de lo social.

Al examinar la reacción de la ciudad de Santafé frente a la epidemia mencionada, se aprecia cómo las diferencias individuales y grupales se desvanecen frente a cierto fortalecimiento de la ciudad como un todo. Es aquí donde la investigación se plantea la pertinencia de observar la sociedad en su conjunto, como un tejido social que se relaja o que se hace turgente de acuerdo a las circunstancias que deba afrontar. En otras palabras, me interesa hacer énfasis en la idea de que el historiador como estudioso de la sociedad en su devenir, tiene la posibilidad de apreciar las transformaciones que sufre el cuerpo social. El estudioso del pasado tiene la oportunidad de visualizar el desenvolvimiento de lo social en varios planos al mismo tiempo: un esclavo, sin dejar de serlo, es a la vez habitante de Santafé, y en ciertas circunstancias su comportamiento puede estar determinado por su condición de habitante, mientras que su pertenencia al grupo social pierde nitidez.

Dentro del trabajo, la expresión “tejido social” tiene un sentido que va más allá de su significado literal; constituye una manera de observar la sociedad

viéndola como un todo. La expresión “tejido social” se constituyó entonces en un concepto, resultado de una manera específica de examinar la sociedad. Emile Durkheim fue de gran ayuda para la construcción de esta mirada.⁵

Ha sido tradicional considerar el periodo de Independencia como el lapso comprendido entre 1781 y 1830.⁶ Considero que esta periodización obedece a una concepción un tanto evolucionista de los procesos históricos en que se hace ver cada acontecimiento como anunciando el siguiente; comparto el punto de vista de Heraclio Bonilla, quien replantea la periodización tradicional para el caso de la Independencia del Perú.⁷ Este trabajo aborda el periodo comprendido entre 1800 y 1830 desde la perspectiva de que la eficacia y utilidad de la periodización serán probadas por la investigación misma.

Como cualquier estudio de caso, el presente trabajo posee las limitaciones de visión propias de investigaciones de este tipo; seguramente un análisis comparativo mostraría otros resultados pero no lograría la profundidad que se obtiene cuando se concentra la mirada en un solo punto. Cuando se examinan treinta años de historia y la mirada se concentra en los sucesos ocurridos en ese lapso, el investigador sabe que está haciendo un corte y que los procesos no se inician en ese momento; y por supuesto, comprende que sólo puede referirse a los procesos que precedieron a su objeto de estudio de manera superficial y

⁵ Como diría Durkheim, lo social entendido como una realidad particular que presenta características propias. Las representaciones que expresan lo social tienen un contenido distinto al de las representaciones puramente individuales, y se puede asegurar de antemano que las primeras añaden algo a las segundas. Véase Emile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa. El sistema totémico en Australia*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, p. 51.

⁶ Vale la pena mencionar los trabajos del historiador Javier Ocampo López, uno de los precursores de los estudios de historia social del periodo de Independencia, aunque no comparto los criterios del autor relativos a la periodización, por cuanto evidencia una visión lineal de los procesos que subraya demasiado la importancia del elemento consciente y racional, y que aún destaca con exceso la intervención de los criollos como hacedores conscientes de la Independencia. Véase Javier Ocampo López, “El Proceso Político, Militar y Social de la Independencia”, en *Manual de Historia de Colombia*, tomo II, Bogotá, Procultura S.A., Instituto Colombiano de Cultura, tercera edición, 1984, p. 17 a 32.

⁷ Heraclio Bonilla elabora una reflexión acerca del sentido de la Independencia para el Perú y de las debilidades de los estudios históricos sobre ese periodo. Cuestiona los criterios con que se formuló la periodización tradicional y los riesgos que ella implica. Para el caso peruano, según la historiografía tradicional, el periodo de Independencia se extendería desde 1780 hasta 1821. Bonilla critica la visión lineal del proceso, según la cual toda revuelta popular constituyó un preludio de 1821. Según él, se corre el riesgo de evaluar los movimientos populares despojándolos de su sentido particular, al mirarlos desde 1821. Véase Heraclio Bonilla, *Clases Populares y Estado en el contexto de la crisis colonial*, en Heraclio Bonilla, Pierre Chaunu, et. al., *La Independencia en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, segunda edición, 1981, pp. 15 y 16.

general. Por eso mismo, puede dar la impresión de estar haciendo abstracción del pasado.

Violentos, cofrades, capellanes, testadores y finados, cinco personajes distintos protagonizados por santafereños y por bogotanos a comienzos del siglo XIX. Un habitante de la urbe bien pudo vivir en carne propia cada una de estas cinco situaciones. Contraer la viruela y sobrevivir, hacer parte de una cofradía por varias décadas hasta el momento de su muerte, ser nombrado capellán, redactar su última voluntad y, por supuesto, morir. En las páginas siguientes me detendré a examinar qué significaba hacer testamento para santafereños y bogotanos; haré referencia al acto de testar como un propósito común a cierto grupo de habitantes de la urbe; haré alusión a la preocupación por la muerte que embargaba a los habitantes y a las maneras como se preparaban para el fallecimiento.

Testadores y finados: miembros activos de la sociedad independentista

En el momento de iniciar este estudio me preguntaba por la incidencia que tuvieron los diversos acontecimientos políticos y militares ocurridos a lo largo de este convulsionado periodo en las costumbres y prácticas relacionadas con la muerte; y por supuesto, por la repercusión de tales acontecimientos sobre el tipo de relaciones sociales y sobre las formas de organización social generadas en torno a ella. El análisis de un conjunto de 320 testamentos escritos entre 1800 y 1831 mostró cómo no ocurrieron cambios profundos ni bruscos en las prácticas y costumbres funerarias durante esas tres décadas: los santafereños dieron instrucciones en su testamento sobre mortaja y lugar de sepultura e hicieron referencia a algunos detalles sobre el funeral. Durante esos treinta y dos años las mortajas fueron hábitos religiosos y la sepultura se efectuó en los suelos de las iglesias.⁸

¿Hasta dónde reflejan los testamentos el proceso vivido por santafereños y bogotanos entre 1800 y 1831 con respecto a las prácticas y costumbres funerarias? Mi conclusión es que señalan una tendencia, lo que ocurrió a lo largo del periodo examinado; sin embargo, no alcanzan a expresar los estremecimientos acaecidos ante sucesos como la epidemia de viruela de 1801-

⁸ Treinta años no constituyen un lapso suficiente para apreciar cambios en las mentalidades de un grupo humano; sin embargo, si consideramos la característica del periodo examinado en este trabajo, ser una etapa intensa en los aspectos político y militar por los motivos ya conocidos, resulta oportuno evaluar hasta dónde los sucesos ocurridos pudieron afectar las creencias y prácticas relacionadas con la enfermedad y la muerte.